



**Emiliano Scaricaciottoli (Compilador)**  
*Se nos ve de negro vestidos. Siete enfoques sobre el heavy metal argentino*  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
La Parte Maldita  
2016  
150 páginas

Hernán Maltz<sup>1</sup>

### Luchando por el metal (desde la academia)

El título del presente libro, *Se nos ve de negro vestidos. Siete enfoques sobre el heavy metal argentino*, además de una evidente pasión con la que fue concebido y gestado, transmite algo aún más obvio: la visibilidad; visibilidad de un objeto –el *heavy metal* argentino– pero también de sus estudiosos y de su producto –el libro que justamente aquí reseño–. Como lo indica su subtítulo, se trata de una compilación de siete ensayos sobre el *heavy metal* argentino, con capítulos escritos por Gustavo Torreiro, Luciano Scarrone, Gito Minore, Manuel Bernal y Diego Caballero (en co-autoría), Juan Ignacio Pisano, Ezequiel Alasia y Emiliano Scaricaciottoli. A modo de

síntesis sobre su contenido, me sirvo de las palabras de su prologuista, Sandra Gasparini, que consigna que en sus páginas:

se abordan lecturas del *heavy metal* argentino ya sea como tribu urbana, como sistema de metáforas, como conjunto de prácticas y enunciados alrededor de un personalismo que ronda la figura de Ricardo Iorio, como modo de resistencia y de discusión con los aparatos de control y en su tensión con ellos (9).

En esta reseña me gustaría centrarme en dos aspectos significativos del libro que están estrecha y

---

<sup>1</sup> Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires en el área Literatura. Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas (CONICET). Mail de contacto: [hermaltz@gmail.com](mailto:hermaltz@gmail.com)

recíprocamente implicados: por una parte, su carácter taxativamente pulsional y posicionado –que incluso me impele a redactar en primera persona–, escrito por defensores de la *cultura metalera*; por otra, sus vacilantes vínculos con la academia.<sup>2</sup>

Empiezo por la segunda cuestión que, ya desde la primera línea del prólogo de Gasparini, queda entrelazada de manera inevitable con lo pulsional a través de la pregunta: “¿Es posible abordar un objeto de estudio sin pasión?” (9). Gasparini responde inmediatamente que “[e]l carácter militante [...] no quita lo académico” (9) y, en el final de su texto, insiste sobre la idea de que el libro consiste en una “excelente propuesta académica para pensar un conjunto de cuestiones que hasta ahora habían tenido más repercusión en el ámbito periodístico que en el universitario” (10-11). Sin embargo, al pasar a las palabras preliminares –aunque sucedáneas al prólogo– de Emiliano Scaricaciottoli, notamos que la inscripción del libro en un marco académico, tal como lo anuncia Gasparini, en verdad resulta algo problemática, pues si en principio Scaricaciottoli afirma que el estudio cuadra con lo que usualmente se denomina “área de vacancia” (13), en la página siguiente describe a la academia como “ese hospital masturbatorio de ensueños científicos” (14) y despotrica en contra del “protocolo represivo del ‘estado de la cuestión’ y la subordinación del heavy metal a una metodología (a un arte de firmas)” (14).

Si bien el compilador del libro no reniega absolutamente del paso de los

autores del libro por la universidad, sí sorprende cierto encono que parece guardar respecto del mundo académico: “el efecto de cientificidad que decantan los *papers* y las monografías nos da asco” (14). No resalto esto de manera peyorativa sino que, en mi tarea de reseñador, me llama la atención el contraste entre, por un lado, esta advertencia inicial y la indiscutible señal de posicionamiento en contra de “lo académico” y, por otro, el contenido posterior que encuentro en los capítulos, con citas hechas según las normas APA, con notas al pie que apuntalan marcos teóricos, con objetivos enunciados claramente al comienzo de los trabajos y con listados de bibliografía al final de cada uno, además de las últimas páginas del libro con las biografías de los autores y en las que se destaca que casi todos ellos tienen una formación académica en distintas carreras de la Universidad de Buenos Aires –donde también varios integran cátedras e incluso realizan estudios de posgrado–; y no nos olvidemos de que el libro se constituye como el primer aporte del Grupo de Investigación Interdisciplinaria sobre el Heavy Metal Argentino (GIIHMA) – nombre que conlleva una evidente carga académica–. Así, en mi lectura encuentro que los capítulos en cierta forma contradicen la postura sostenida en las palabras preliminares, aunque esta contradicción no implique más que la necesidad de cuestionar si la invectiva de aquellas palabras preliminares –que llevan el elocuente subtítulo de “ajuste de cuentas”– contra la academia tiene acaso

---

<sup>2</sup> Si el ensayo de Bernal y Caballero emplea el concepto de *ethos* –la imagen que un enunciador da de sí (Maingueneau 2002)– para abordar el motivo del viaje en la letrística de Ricardo Iorio, nosotros podríamos usarlo para pensar a los propios autores del libro reseñado. Además de sus palabras, también los vemos en una fotografía de la

contratapa, en la que posan con sus *looks* metaleros, en la calle, con remeras de Hermética, A.N.I.M.A.L. y Black Sabbath, y con una actitud que resulta perfectamente asociable a la denominada cultura del “aguante” que ancla en cuerpos e identidades (Alabarces y Garriga Zucal 2008).

algún asidero. Planteo esto porque, según veo, el verdaderamente logrado “pensamiento crítico sobre la *cultura metálica* nacional” (11) que los autores consiguen se debe, en buena medida, a los aportes teóricos de la academia: recordemos que Torreiro empieza su ensayo con citas a pie de página para señalar un marco teórico basado en Stuart Hall, Karl Marx, Dick Hebdige, Louis Althusser y Antonio Gramsci —es decir, un marco teórico que toma aportes del marxismo y de los Estudios Culturales Británicos—; Scarrone y Alasia comienzan sus respectivos capítulos con alusiones al concepto de *campo* de Pierre Bourdieu —y el estudio de Alasia en torno a la enfermedad no puede prescindir de citar a Susan Sontag—; Bernal y Caballero parten de la noción de *ethos* propia del análisis del discurso de raigambre francesa —con la referencia ineludible a Dominique Maingueneau—; y Pisano se sirve de las reflexiones de Michel Foucault en torno a la ética (por no hablar del ensayo de Scaricaciottoli, cuya prosa destila cantidad y calidad de lecturas teóricas sedimentadas). Desde luego, tampoco doy *todo* el crédito del libro a estos aportes teóricos, pero pienso que en buena medida sobre ellos reposa la posibilidad de estos discursos más refinados y reflexivos —y distanciados de los que probablemente encontraríamos en ámbitos periodísticos—.

<sup>3</sup> En todo caso deberíamos saldar esta discusión con una acotación sobre el carácter heterogéneo de “lo académico”. Quizás Scaricaciottoli tiene en mente, por poner un ejemplo paradigmático, a la revista *Science* y yo a otras revistas propias del ámbito de las letras que, aún en su carácter académico, de ninguna manera defienden los valores de una presunta neutralidad y objetividad de la ciencia —o que, en última instancia, lo hacen posiblemente en los términos en que Weber (1978) entiende la objetividad en las ciencias sociales y humanísticas.

<sup>4</sup> Pequeña digresión: no puedo dejar de pensar acerca de sí, desde la academia, uno tiene acaso que

Todo este rodeo, entonces, para decir que, según mi parecer, los textos que conforman *Se nos ve de negro vestidos* no tienen por qué avergonzarse de sus deudas con la universidad, sino más bien todo lo contrario.<sup>3</sup>

Por otra parte, da gusto encontrarse con estos ensayos que analizan aquello que viven con tanta pasión y, en esa dirección, pienso que el trabajo teórico con el *heavy metal* puede tranquilamente coexistir con el placer inmediato que genera. Recuerdo las palabras de Norbert Elias en el marco de sus reflexiones sociológicas sobre Mozart y considero que ellas son perfectamente aplicables a los autores —y a los lectores— de *Se nos ve de negro vestidos*: “[l]a comprensión de los logros de un artista y el disfrute de sus obras no se minimiza, más bien al contrario, se fortalece y se ahonda con el intento de comprender las relaciones de sus obras con su destino en la sociedad de los hombres” (1991: 61). Sea Mozart o Iorio, encuentro muy productivo dar un rodeo sobre el objeto de placer que se vuelve foco de estudio y que, en esa mediación dada por la actividad reflexiva, devuelve un placer aún mayor.<sup>4</sup>

Los ensayos de *Se nos ve de negro vestidos*, claros y concisos en sus objetivos y en sus desarrollos, también funcionan como una promesa: el primer libro es un paso importante, pero en todo caso uno le

estudiar lo que le gusta o lo que no le gusta. Por poner un ejemplo separado del estudio de un subgénero musical: estimo que a los sociólogos que estudian temas vinculados a la pobreza no les gusta la pobreza y en todo caso les gusta algo así como el estudio de las condiciones que permitirían conocerla y eliminarla, o al menos atenuarla. La lectura de *Se nos ve de negro vestidos* y sus análisis que, como sostiene Gasparini, celebran sus pulsiones, me devolvieron a estas preguntas de orden ético en torno a la labor académica (y, dadas las limitaciones de esta reseña, me detengo en este punto).

pedirá humildemente al Grupo de Investigación Interdisciplinaria sobre el Heavy Metal Argentino que su trabajo se continúe en otros futuros aportes, de modo que el presente libro sea punto de llegada de un trabajo acumulado pero también, y especialmente, punto de partida para más investigaciones y libros. Y, en un nivel más personal, confieso mis preferencias por los ingleses que inauguraron *todo esto* –con Black Sabbath a la cabeza, pero también cabe mencionar a Deep Purple y Led Zeppelin–, de modo que no puedo sino decir que el libro (me) incita e invita a escuchar a V8, Riff, Hermética y Almafuerte.

Por último: el título de la reseña es problemático en tanto nombra un disco fundacional, *Luchando por el metal* de V8 y, en ese movimiento, borra otro, *Ruedas de metal* de Riff –ambos pioneros del *heavy metal* argentino–, por lo que en el

cierre del texto me permito un intento de hacer justicia a este último y digo que, de ahora en más, me pongo a escuchar *heavy* nacional para contribuir humildemente a que sigan su camino las ruedas del metal.

### **Referencias bibliográficas**

Alabarces, Pablo y Garriga Zucal, José (2008). “El ‘aguante’: una identidad corporal y popular”. *Intersecciones en antropología*, N° 9. 275-289.

Elias, Norbert (1991). *Mozart. Sociología de un genio*. Barcelona: Península.

Maingueneau, Dominique (2002). “Problèmes d’ethos”. *Pratiques*, N° 113/114. Traducción al castellano de María Eugenia Contursi. 55-67.

Weber, Max (1978). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu.